

Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828*. El proyecto editorial con las cinco ediciones facsimilares que constituyen el corpus de la obra clásica, María del Rayo Ramírez Fierro, Rafael Mondragón Velázquez y Freja Innina Cervantes Becerril, coords., México, UAM, 2018, 479 págs.

Un personaje, un proyecto intelectual que incluía reflexión, crítica y diagramación-edición-difusión de una obra tan utópica y estética como materialmente anclada a su tiempo; las pugnas de un filósofo con un proyecto educativo incluyente, antirracista, anticlasista y no discriminador en términos de género; la sociedad criolla conservadora que buscaba hacerse con el poder total después de la Independencia; un grupo de investigadores dedicados a perseguir indicios y ediciones; un grupo dedicado a la historia de las ideas que reflexiona sobre su quehacer y retoma el lema del primer filósofo de la América independiente, “O inventamos o erramos”, prosecución de una filosofía abierta a la realidad sobre la cual quiere influir. Todo ello y más —internacionalismo de intereses y ayuda transdisciplinaria, trabajos en edición, reflexiones sobre papeles y colores— está presente en el trabajo colectivo que ha llevado a la edición facsimilar, documentada y anotada de los cinco impresos que conforman el proyecto editorial de *Sociedades americanas en 1828* de Simón Rodríguez, empeño que ha construido un colectivo de pensadoras y pensadores de México a Chile, Ecuador, Colombia y Alemania.

Si un personaje de la historia de Nuestra América se merece el calificativo de extraordinario, ése es seguramente Simón Narciso Jesús Rodríguez (1769-1854). Lo dijo Simón Bolívar, su alumno más famoso, y su obra y la biografía que van reconstruyendo sus biógrafas/os y editores lo confirma. Maestro de primeras letras en la Caracas de finales del siglo XVIII; viajero cosmopolita desde 1797; cajista de imprenta a su paso por Estados Unidos; pensador que habiendo digerido las lecturas de la Ilustración alemana y el Iluminismo francés, se demarcó de la rigidez racional de Kant y fue un materialista precursor de Flora Tristán y Marx; amigo de fray Servando Teresa de Mier en París y colega de Andrés Bello en Inglaterra; pedagogo radicalmente experimental en Chuquisaca; maestro, analista de proyectos empresariales y escritor en Chile y Perú. Rodríguez nunca fue rico y, con el pasar de los años, después de su regreso en 1823 a la América donde había que inventar para no errar, reveló que tampoco era fácil de aprisionar en un trabajo de funcionario. Por supuesto, con ese rígido militarote organizador de estructuras de gobierno que fue el mariscal Sucre jamás pudo congeniar; sin embargo, ninguno de los dos traicionaría a Bolívar, como hicieron muchos de sus colaboradores.

Tampoco le fue fácil a Rodríguez publicar su obra mientras vivió (ni a sus editores en los casi dos siglos que nos separan de su muerte). Escribir implica ideas y tiempo. La larga vida de Rodríguez (85 años, lo cual para su época era extraordinario) siempre estuvo ocupada por intentos de construcción de una educación integradora, por viajes, por estudios para erradicar la injusticia social, amén que por trabajo para sobrevivir, lo cual le restaba tiempo, aunque le proporcionaba material a su escritura. *Sociedades Americanas en 1828* fue una obra pensada y proyectada tanto como jamás culminada: fue un proyecto

literario y editorial, como lo ha identificado Rafael Mondragón. A la vez, resultó una guía para los artesanos organizados que en Chile formaron la Sociedad de la Igualdad y para algunos pensadores libertarios del Sur como Francisco Bilbao.

De eso da fe el grupo de investigación de filosofía e historia de las ideas O inventamos o erramos que se ha conformado con los seminarios de María del Rayo Ramírez Fierro y ha aglutinado a pensadoras, editoras, viajeros y filólogos, estudiantes y ya formados, como Grecia Monroy, Aarón Preciado, Rafael Mondragón, Gabriel García, Alberto Monroy, Itzel García, Luis Cabañas, Gloria Campos, Omar Velasco, Jorge González, Daniel López, Freja Innina Cervantes, Guadalupe Correa, Daniela Rawicz y a la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y la Universidad Autónoma Metropolitana, las tres instituciones públicas que en la Ciudad de México decidieron apoyar su proyecto editorial. Gracias al trabajo de rescate de Nelson Chávez de un ejemplar digitalizado en la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, por influencia de Ramírez Fierro, en 2013 Grecia Monroy empezó por editar *Crítica de las providencias del gobierno*, los seis artículos que el filósofo publicó durante 1843 en la imprenta El Comercio, en Lima, con el fin de criticar la democracia representativa en defensa del pueblo soberano y hacer un diagnóstico de las sociedades americanas para fundamentar el programa revolucionario de su transformación.

En la reflexión grupal que acompañó a Monroy se ratificó que los seis artículos eran parte de un proyecto editorial que Rodríguez cuidó personalmente en Arequipa, Concepción, Valparaíso y Lima, y que en dicho proyecto se ocupó durante veintiún años, desde el *Pródromo* de Arequipa, realmente impreso en 1828, hasta los últimos tres artículos que, en 1849, a los 80 años, le publicó la prensa bogotana. Del estudio minucioso —amante, podría decirse— de la vocación de Rodríguez de escribir para consolidar en sentido social y estético las instituciones de los países en formación, que ha llevado a cabo el grupo desde 2013, nació la idea de realizar la edición facsimilar de *Sociedades americanas en 1828 como serán y cómo podrían ser en los siglos venideros*, reuniendo las partes para volver realidad el propósito del filósofo de pintar el pensamiento, jugando con ritmos y diseños editoriales que expusieran un programa utópico, original y ensayístico sobre gobierno, educación y lengua en una edición “exótica” y de extraña ortografía.

El proyecto editorial con las cinco ediciones facsimilares que constituyen el *corpus* de la obra clásica ha visto la luz en 2018 gracias a la imprenta de la Universidad Autónoma Metropolitana. Se sorprenden las y los colegas de América del Sur de que es en México, por donde Rodríguez nunca pasó, donde la pasión de un equipo de rodriguistas ha realizado durante cinco años unas jornadas de estudio que involucran artistas visuales, filósofas e historiadores de las ideas, politólogas, pedagogas y escritores, docentes, investigadores y estudiantes, y donde se ve la edición más cuidada de una obra muchas veces interpretada como fragmentaria.

Tener cinco volúmenes, cada uno de los cuales respeta el formato que logró darles Rodríguez —embellecido por el aporte mexicano de una caja en

rojo cochinilla— es una alegría para cualquiera que se dedique al pensamiento, a la historia de nuestra América y a la edición. Como dice Daniela Rawicz en el prólogo a *Crítica de las providencias del gobierno*, de 1843, el quinto volumen facsimilar de esta recopilación, Rodríguez pensaba que las circunstancias americanas pedían y permitían hacer los cambios políticos radicales que estaba proponiendo desde 1828, al decir que las repúblicas estaban establecidas pero no fundadas. Como rastreadora que soy de los procesos históricos, me parece fundamental en este presente continental de resistencias al despojo minero, acciones agresivamente autoritarias y cambios progresistas, detenernos en ese pensamiento filosófico radical que insiste desde la primera mitad del siglo XIX, “No se da el nombre de CIRCUNSTANCIAS a las cosas, porque *están en torno de otras*; sino porque *Influyen* por sus propiedades. ¡Cuánto no hai qué pensar para entender BIEN lo que significa la palabra Circunstancia! —¡Cuántos bienes no dejan de hacerse por no consultarlas! — ¡ ¡Cuántos yerros no se cometen por despreciarlas”.

No quiero aquí detenerme en los efectos políticos del olvido programado de la historia que desde la política neoliberal y sus planes educativos se nos impone, sino subrayar una evidencia: Rodríguez era un filósofo de la historia, no sólo un pedagogo y un pensador político. Y lo era porque, como este rescate evidencia, no puede separarse el estudio del suelo de la idea de suelo y gobierno ni de los medios, los métodos y “el modo como proceder en los métodos”.

En el prólogo de Rafael Mondragón a la *4ª Parte de luces y virtudes sociales: primer cuaderno*, reunida en el segundo volumen de esta edición facsimilar, resulta que el sueño de una obra se realiza en diálogo con la propia época, es decir, con quien pide luces y con las dificultades materiales, los enemigos políticos, las incomprendiones. Así como ocurre en la actualidad entre los pensadores del neozapatismo, no es de extrañar que Rodríguez también explique el funcionamiento de las fábulas o cuentecitos que gusta añadir a sus textos haciendo uso de la sátira y la ironía al presentar la lógica de los paralelismos entre palabra y política, oralidad y estética tipográfica, América y Europa.

Termino esta breve e incompleta presentación de una obra rescatada en colectivo, con un axioma de Rodríguez que a mi juicio lo ubica como un pensador asistemático y profundo, libertario, analizado desde la tendencia contemporánea de la reconstrucción del horizonte de los comunes, es decir, de los bienes y los colectivos que se construyen en el trabajo de grupos autosostenidos. Decía Rodríguez en 1843 algo que hoy nos ofrece un modo para enfrentar el neoliberalismo expoliador y su lógica del individualismo competitivo:

NO HAI *facultades* INDEPENDIENTES  
*siendo así*  
no hay facultad propia  
*que pueda ejercerse sin el concurso*  
de facultades ajenas.

Francesca Gargallo